



EL FRAILE

GRAN COLECCION DE MEDITACIONES, EPÍSTOLAS, COLOQUIOS, JACULATORIAS, CORREAZOS, CANTO LLANO, SOLFEO, VÍSPERAS Y MAITINES; CON BETRATOS, PAISAGES Y GRUPOS DE ANIMALES, TOMADOS DEL NATURAL.

POR EL REVERENDO P. FR. CANDIDO MEDINILLA.



EXCMO. SR. D. JUAN BAUTISTA TOPETE.

Madrid á los once dias del mes de los piropos (Noviembre) año segundo de la egira democrática.

EXCLARECIDO Y NUNCA BIEN PONDERADO CABALLERO: Aunque os miro en este instante desarrimado de los vientos agitados y tempestuosos que reinan en el Océano democrático-radical desde Setiembre del año anterior, no por eso dejais de ser á mis ojos el gran marreante del siglo, el hombre más grandilocuo y levantado que empina la cabeza, mayormente en estos tiempos en los que andamos todos los que á vos no se os parecen, flacos, diminutos, encogidos y acogotados. ¿Qué cosa es la que os pasa, Sr. D. Juan? ¿Por qué desatais tan de improviso la bien torcida sogá que há más de un año ha venido ayuntando en apretado maridage y comun concierto la respetable trinidad mitológica de Vulcano, Júpiter y Neptuno? Pregunta ociosa. Como si á este pobre fraile le fuera dado penetrar en los altos misterios del corazon humano, retirado en lo más oculto del pecho, y cuyos designios encubre y disimula la lengua y desmienten los ojos y los demás movimientos del cuerpo; y mas el vuestro corazon al que tengo por golfo de encontradas olas de afectos y

un mar lleno de senos y ocultos bagíos, donde no hay carta de marear que pueda demarcarlos. ¿Os apartais de vuestros camaradas de glorias y donaires? ¿Y por qué? ¿Ignorais que en las repúblicas es más importante la amistad que la justicia? Y esto no lo digo yo solamente, que lo dijo tambien Aristóteles. *Videturque amicitia rempublicam continere, et majore quam justicia in studio fuisse legislatoribus*; porque si todos fuesen amigos, no serian menester las leyes ni los jueces. Con la amistad, los prósperos sucesos son mas espléndidos, y los adversos mas ligeros, porque ni la retiran las calamidades, ni la desvanecen los bienes. Todo su valor pierde un diamante si se divide en partes, y esto habeis hecho vos rompiendo la soldadura de la sartén que Prim tiene cogida por el mango; porque es necesario reconocer, que aunque sois la estampa mas saliente y mejor perfilada de las tres que se litografiaron en Cádiz, la espada de Guzman ha lucido mas en esta sazón que el tridente de Neptuno.

Las frases llenas de piropos que Prim y V. E. se han regalado en el Congreso el día ocho de la presente calenda, háme significado el grande amor que os teneis, pero á la fin os habeis apartado el uno del otro, y sabreis como yo, que la amistad, cuanto es mas fina y de mas valor, tanto menos vale si llega á quebrarse; y que inútil queda el cristal rompido; y que el que se fiare de una amistad reconciliada se hallará engañado, porque al primer golpe de adversidad ó de interés volverá á faltar. Ni la clemencia de David en perdonar la vida á Saul, ni sus reconocimientos y promesas amorosas confirmadas con el juramento bastaron á asegurar á David de aquella reconciliación, ni á que por ella dejase Saul de maquinár contra él. Con abrazos bañados en lágrimas procuró Esau reconciliarse con su hermano Jacob, y aunque de una y otra parte fueron grandes las prendas y demostraciones de amistad, no pudieron quietar las desconfianzas de Jacob, y procuró con gran destreza retirarse de él y ponerse en salvo. Una amistad reconciliada, es vaso de metal, que hoy reluce, y mañana se cubre de rosin, siendo poco poderosos los beneficios para afirmarla, porque la memoria del agravio dura siempre. En el ofendido quedan cicatrices de las heridas, porque las dejó señaladas la ofensa y brotan sangre en la primera ocasión. Son las injurias como los pantanos, que aunque se sequen se re-vienen fácilmente.

Por mil motivos y señales he ido coligiendo que el nuevo ministro de Estado os hacia poco tilin, y que por eso os habeis desgarrado y metidoos en la villa de la Concepción. Creo, señor, que habeis afirmado el pié llano, estándos quedo en vuestra casa, y si os duelen las cosas que hoy acontecen, descuidad, que no faltan personas que se quejan en voz y en grito á Dios para que ponga remedio á tantas desdichas y sinsabores.

De mí sé decir, que me ha dolido muy mucho que hayais dejado á esta cosa que se llama radical, huérfana de vuestra principalidad, adorno de la grandeza de España y ostentación de la magestad advenidera. Quédame el consuelo, porque dicho lo habedes, que apoyareis á los presentes mandarines, para que no se marchiten, ni se cubran de abrojos las fragantes flores de la revolución. ¡Y guay del que ose tocarlas! que ahí estais vos, que saldreis á la palestra más ardiendo que horno de vidrio, sin que en manera alguna os espanten los aprestos de la reacción; antes con gentil continente, ánima levantada y corazón intrépido, los combatiréis y desbaratareis en un pequeño instante, aunque vengan armados los pícaros con cuchillos tajantes de damasquino acero. Ya hareis vos una que sea sonada por todo el mundo, como lo ha sido la de marras, ó mejor sea dicho, la de Setiembre. Todos sabemos derechamente que sois un gran caballero, porque no todos los que se llaman caballeros lo son de todo y en todo, que unos son de oro y otros de alquimia; y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad; hombres bajos hay que rebientan por parecer caballeros; y por esta razón nece-

sitamos hoy más que nunca aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir los caballeros que lo son tan solo en el nombre, de los que tan lejanos se hallan de los que lo son por sus acciones.

Disimulad, señor, las reflexiones que leal y sinceramente os dirige desde las estrecheces de su celda, este vuestro aficionado servidor y amantísimo hermano en Jesucristo,

FR. CANDIDO MEDINILLA.

COLOQUIOS Y CORREAZOS.

§ XVI.

Del dispartado razonamiento de Cardenio despues de nuestra frugal comida.

Comprendiendo mi paternidad, que el pobre Cardenio estaba en condiciones poco análogas á la solemnidad del día de difuntos, y que segun su relato habria de dar interpretaciones nada juiciosas á todo cuanto su vista fuera topando, determiné regresar á casa, á la cual llegamos á las cinco de la tarde; y en tanto que Teresa nos aderezaba la comida entramos en nuevos coloquios con Cardenio y supimos, que tenia su residencia en Leganés, pero que habiendo pedido permiso para dar un paseo por las afueras de aquella reclusion, le fué concedido por el médico del establecimiento por encontrarle en un lucido intervalo, y no haber abusado de esta licencia en otras ocasiones; pero habiendo dilatado su paseo por haberle sorprendido la enagenacion que padecia, olvidó su promesa y ejecutó lo que el lector habrá visto por lo que he relatado anteriormente.

Determiné que aquella noche la pasara en nuestra compañía, pero que al día siguiente debiamos conducirlo al hospital de que era procedente.

Dado el oportuno aviso por Mari-Sancha, nos sentamos á la mesa y comimos en paz y sosiego la pitanza diestramente sazónada por las manos de la alcaldesa, y en llegando á los postres, que eran nueces, invité á Cardenio á que algo nos contase, por ver si de sus desvariadas imaginaciones podria deducirse el origen de su pertináz dolencia. Terminamos el frugal banquete con el rezo de costumbre, y levantado el tosco, pero limpio mantel, hablé á Cardenio del siguiente modo:—«¿En qué os habeis ocupado, ó cuál ha sido vuestro ejercicio habitual el tiempo que habeis residido en la villa.—Mi ejercicio, padre, me respondió, ha sido el mas indócil, el mas ingrato, y el menos provechoso de todos, siendo por otra parte el mas levantado, el mas digno y el que mejor compone las costumbres sociales. Me di á escribir comedias en verso y prosa, á escribir poemas y novelas históricas y de costumbres, pero todas mis obras se han estrellado en el abismo de la indiferencia, porque la politica, con su máscara de trescientos mil colores, lo mismo se ha entrado por las puertas de los palacios, que por las de las cabañas, y de igual manera ha interesado al príncipe que al humilde labriego, de suerte y modo que el pueblo, anteponiendo el interés de su cuerpo al de su ánima, olvida el lícito deleite del corazón para llenar su espíritu de ese mortal desasosiego que nos infunden esos papeles de distintas formas y tamaños que se llaman periódicos, verdaderos manantiales de embustes y desdichas, arsenal copioso de palmarias contradicciones, foco de suersivos pensamientos, mentirosa panacea que dá el tósigo en lugar de la medicina, representaciones genuinas de ilegítimas aspiraciones, escalones por donde suben á lo mayor los que nacieron para los lugares mas bajos y comunes; hojas volanderas, que porque son de papel están á la merced y talante de todos los vientos, que si ayer volaron al soplo del moderantismo, hoy vuelan al de la democracia; y que ayer afirmaban lo mismo que desmienten hoy.

»Hojas tan efimeras como el mosquito, que fenecen el mismo día que nacieron, pero cuya larva no se extingue, que ahí están permanentes las aguas impuras y cenagosas que las procrean á más y mejor, para tormento de los buenos y regocijo infernal de los malos; para recreo de los tontos, pasatiempo de los ignorantes y martirio de los literatos de origen preclaro, á la cual raza pertenezco yo, el más insigne de los poetas que han conocido las nueve hermanas que pacíficas y quedas se están encueros asentadas en el Parnaso, por no estar conformes con los aderezos y

atavíos que les fabrican los sastres poco industriosos de esta prole liberalesca y mal educada, que se nos ha colado de rondon sin exámen ni patente de maestría en el arte de imaginar.» Y fué menester que yo le interrumpiera, para ver el cabo de su discurso, que tenia formas de nunca ser acabado; y por lo tanto dije:—«¿Estais ahora componiendo alguna de esas obras, á las cuales con tanta afición se aplica vuestro raro ingenio?—Sí, padre, me repuso; tengo acabada una zarzuela, del cual argumento os daré menudo pormenor si os viene en gusto!» Sancho, Teresa, Mari-Sancha y Sanchico respondieron por mí, gritando:—«¡Que nos cuente el argumento.» Y Cardenio entonces nos habló á todos de la siguiente manera.

§ XVII.

Donde Cardenio narra el argumento de su zarzuela.

Mi obra, señores, es de pura fantasía. Figuraos una isla desconocida que se llama Zepilla, y en ella habita un pirata, que próximo al último trance evoca á su segundo llamado Rosquete, y le dice en secreto:—«Me voy muy lejos; y desde este paraje no me será fácil volver. En esta isla hay un palacio que se denomina de Pantierno, y le habita un matrimonio; él es un duque, y ella hermana de la sultana de esta region. El quiere ser sultan y ella sultana, para lo cual háse menester derribar á la hermana mayor.»

»Y señalando á una gabeta que tiene frente á su cama, prosigue:—«Allí tengo encerradas sesenta mil doblas, que ellos me han dado para los gastos de la empresa. Yo me muero; ¿quieres encargarte tú de la conspiracion?—Sí, contesta Rosquete. Abre la gabeta, coge las doblas y se va. Muere el pirata; llora el duque pensando que el otro se ausenta con su dinero, y se presenta Rosquete diciendo:—«Tranquilizaos; aquí está el sucesor del difunto.» Se abrazan Rosquete y el duque, y el asunto sigue adelante.

»Escriben á Pipiripin, llamado á la sazón el capitán Araña, y le dicen: «Rosquete tiene dinero procedente del palacio de Pantierno.» Y contesta Pipiripin: «Yo tambien le tengo de una sociedad de herejes, que me lo da con la condicion de que si ganamos dejemos dar culto á su secta en la isla. ¿Quiénes son nuestros camaradas? Zetano, un amigo de la Sultana. El Cerdo, sublevará la tropa de Zepilla, para lo cual ya tiene en su poder lo que ha pedido. Con Poncha, que está en la capital haciendo el papel de leal, ya nos hemos arreglado, porque Tulce tiene cuentas con él que le perdona, y la cosa está completa por mar y tierra.»

»Saturno y Pluton brotan de sus respectivas residencias con su numerosa cohorte de servidores; cae la sultana de su asiento, y el duque se queda en camisa y pidiendo lo prometido. La escena se llena de reptiles, y de toda clase de alimañas, que riñen las unas con las otras al extremo de no entenderse; pero todo esto á compás de la orquesta que toca el himno de Riego, el de Garibaldi, la Marsellesa, y encima de toda esta jarcia está Pipiripin bailando, y en esto cae el telon, y el público grita entusiasmado: «¡Viva la libertad!»

Esto que os he contado, no es mas que el prólogo, ó lo que en palabras del arte llamamos introduccion. El primer acto de la zarzuela la empezaré escribir muy pronto.

§ XVIII.

De cómo Pasamonte llamó á Sancho Panza.

En llegando Cardenio á este punto de su narracion, hice de manera á que no continuara; lo uno por ser ya tarde, y lo otro por que sus locuras llegasen aquí á término y raya, y no pasasen dos tiros de ballesta más allá de las mayores; siendo de advertir que segun refran frecuente y admitido, los niños y los locos dicen las verdades, y la verdad en ciertas ocasiones es peligrosa, que con razon se dice que la verdad adelgaza y no quiebra y anda siempre sobre la mentira como el aceite sobre el agua.

Temeroso de nuevos acometimientos de la insensatez, y ningun juicio del huésped, dispuse que se levantase por aquella noche la conferencia, y que nos retirásemos á nuestros comunes y respectivos apartamientos, presuponiendo que ya Cardenio tendria aderezada su cama en sitio oportuno y conveniente para desviarle de todo acceso maléfico y tentador, atendiendo por la una parte á su falta de razon y por la otra el recato y presueta virginidad de Mari-Sancha, la que pudiera ser descompuesta por alguna extraviada imaginacion de Cardenio, de suyo fogoso y encandelado.

Cada cual se fué metiendo en su nicho, hasta quedarnos solos Sancho y mi paternidad; pero

de improviso suenan dos fuertes aldabazos, que resonaron como dos cañonazos en el corazón del alcalde.—«Algun tropiezo ó desaguizado doméstico reclama mi autoridad.» Y fuese murmurando; pero en llegando á la puerta, vió un criado con librea que le dijo, que su excelencia el señor D. Ginés de Pasamonte le esperaba con urgencia en aquel momento. Así Panza el gabán, calose el chapeo de copa, empuñó su inseparable insignia de mando y se salió de casa sin decirme otra cosa que: «—Adios, padre, hasta luego.» Yo entonces me encaminé á mi celda, y como tengo de costumbre, ántes de meterme en la cama, me arrodillé y dije con el recogimiento que manda la orden, mis nocturnas jaculatorias.

Metíme luego en el lecho, pero antes que entregado hubiera al sueño mis sentidos y potencias, ví entrar en mi aposento á Sancho Panza, que alborozado y satisfecho me habló del modo siguiente:—«Abra, por Dios y su ánima esos párpados, y desvélese cuanto pueda para llenaros de asombro y alegría.—Qué te pasa, le pregunté; y Panza me respondió.—He ido á casa de Pasamonte, y héle encontrado alijando su equipaje para entrar en el ferro-carril. Va á Italia en compañía de Mr. Martin, que ya no es diplomático oficioso, sino oficial; y van juntos y bajo la misma coyunda á gestionar y decir al rey de Italia, que al niño saboyano le queremos todos. Háme dicho también, que le tiene hablado al ministro de la Gobernacion para que me saque diputado por un distrito, asegurándole de tránsito, que yo soy consecuente liberal, y de los mas radicales que se conocen por estos tiempos; de manera que como ya me presupone hombre político con todas las reglas que marca el código de la revolucion, me ha iniciado en los grandes secretos de la política. Y me ha confiado un secreto.—¿Qué secreto es ese, le pregunté:—«En compañía de Pasamonte y Mr. Martin, va también un señor muy conocido que se llama el marqués de la Salamanquesa. Este señor, está al parecer muy interesado por la candidatura del duque de Génova, y dígole al parecer, porque segun me dice Pasamonte, ese interés es pura cháchara, y lo que hay de verdad en el asunto es, que el tal Salamanquesa, con dinero prestado, fabricó muchas casas en las afueras de Madrid; á fin de tener inquilinos, les dijo á estos que habitasen las casas, pagando la mitad del precio de sus alquileres, pero que en los recibos constase la totalidad del precio. Los inquilinos aceptaron la conveniencia, y las vivieron de esta manera.

Salamanquesa debia mucho dinero á una sociedad de crédito y satisfizo sus obligaciones con el valor de estas fincas, presentando los recibos de los inquilinos para avalorar sus rentas. Dueña la sociedad de estas fincas y fenecido el primer mes, fueron los cobradores á hacer efectivos los pagos de los recibos tal y como estaban escritos en meses anteriores; y los vecinos decian: «Abi dice doce mil, es cierto, pero yo no pago más que seis mil, segun estipulacion verbal. Y la sociedad puso pleito á Salamanquesa y á los inquilinos pidiendo la totalidad de los meses devengados y no satisfechos; y los inquilinos entablan demanda contra Salamanquesa pidiendo justicia; y Salamanquesa, para salir de estos atolladeros, exclama:—«Yo soy partidario de la candidatura del duque de Génova, y me las guillo con Mr. Martin á Italia para inclinar al tío á que nos lo entregue.» Y con este expediente deja colgados de sus pleitos á la sociedad y á los inquilinos, y cate vuestra paternidad un asunto bonito, y cáteme á mí enterado de todo, y con todos los barruntos para ser diputado, y yo le juro á Dios y á mi ánima, que en yo metiéndome en el gallinero, perderé la poca vergüenza que me va quedando, y seré compañero de los ministros actuales...—Basta, basta, dije á Sancho, que te desquicias, y es hora de recogerse.

El se fué á su cuarto en busca de Teresa, y yo me quedé haciendo oracion mental sobre las malas andanzas de esta vida.

HOJAS SUELTAS DE LA CARTERA DE UN FRAILE.

N. VII.

Luego que terminó el registro, y que el centinela que nos habia acompañado desembarcó en la fortaleza de Tacumbú, continuamos aguas arriba. Ya en este paraje divisábamos la capital de la república. Dígole á mi narrador:—«Si lo que Vd. me ha referido lo escribo algun dia en Europa, van á decirme que es fábula.—Señor mio, me respondió el paraguayo, mi breve historia no es de las más siniestras. Cuando Vd. penetre en la capital y le refieran otras, y Vd. palpe las extravagancias y maravillas de mi pátria, recordará mi narracion, y comprenderá lo lejano que me encuentro á mayores desventuras.—¿Pero cómo es que le veo á Vd. en este vapor? ¿Viene usted

otra vez de Buenos-Aires?—No, señor, me repuso; me he embarcado en Humaitá; me ha conducido la misma lancha que condujo á los militares paraguayos que subieron á cubierta. Le veo á usted, prosiguió, ganoso de saber el motivo de este viaje, y yo tengo mucho gusto en ponerlo en su noticia para que se acrecienten los grados de su admiracion, que me parece que he de tener el tiempo necesario para contarle antes que arribemos al puerto.—Escucharé con mucho placer, le dije, y D. Fermín me habló de la siguiente manera:

«Hace dos meses, que en el pueblo de Itapua, distante de la capital unas seis leguas, residía D. Cipriano Salcedo, poseedor de unas quinientas cabezas de ganado, de algunas fanegas de tierra, que cultivaba para la siembra de tabaco, y de una casa de planta baja. Enviudó y quedóle un hijo de cinco años, que reclamaron sus abuelos, residentes en el partido de la villa del Pilar. Honrado y laborioso, no tenia otro defecto, que ser muy dado á las apuestas por las carreras de caballos, de los cuales tenia tres ó cuatro que alimentaba y cuidaba para este ejercicio.

»Existía en el mismo pueblo un comerciante, natural de la provincia de Corrientes, que tenia un caballo de nombre *Zaino el corredor*, que era la maravilla de los inteligentes y el pasmo de los aficionados; y celoso mi amigo Cipriano de que hubiese en el pueblo un caballo mas corredor que uno de los suyos llamado el *Mala-Cara*, habló al correntino, dueño del *Zaino* y le dijo que le desafiaba á correr con su caballo. Establecióse la apuesta, se nombraron los padrinos, enteróse el pueblo todo del reto, y un domingo se fueron á la *cancha* ó palenque, y en presencia de un concurso numeroso se hizo la carrera, que ganó mi amigo Salcedo, llevándose al par de la gloria del triunfo los trescientos pesos de la apuesta.

»Contento y alborozado con la victoria, dió un convite á los padrinos y á muchos amigos, y necesario es confesar que D. Cipriano se excedió en la bebida, y que le llevaron á su casa y le acostaron para que el reposo le sosegase.

»Despertóse á las diez de la noche, llamó á una negra vieja que le asistía de criada, y envuelto todavía entre los vapores del vino, la dijo que le abriera la puerta, que tenia gran calor y queria irse á la plaza para tomar el fresco. Y sin que fueran bastantes á contenerle las reflexiones de la esclava, se salió en camisa y descalzo, y en llegando á la plaza y viéndose solo y alumbrado por el licor y la luna, comenzó á dar saltos y á gritar: «—¡viva mi *Mala-cara*, el caballo mas corredor de la república!» Y en estos y otros elogios se entretenia sin ofender á nadie, hasta que el jefe de urbanos que en la plaza vivía, salió y le amonestó para que no escandalizara y se marchase á su casa á dormir la mona. Salcedo, replicó al jefe, que no se le antojaba irse; que era noche de gran calor y queria tomar el fresco y gritar cuanto le viniera en gusto, pues á nadie ofendía; y terco el jefe en reprender, y obstinado Salcedo en no obedecer, fué el caso que el primero asió con violencia de un brazo al ébrio hacendado, le llevó al cuerpo de guardia y le metió en un cepo.

»Cuando Salcedo se vió en él metido, dijo al jefe estas textuales palabras: «No tienes tu la culpa de lo que me pasa, si no el *añay* del tripon presidente que reviste de mando á hombres tan ignorantes y brutos como tú.»

»La palabra *añay* es guaraní, y significa *diablo*, pero tiene más fuerza en aquel idioma que en castellano. El jefe de urbanos escribió estas palabras, y remitió aquella misma noche una comunicacion al presidente, insertando en ella las ofensivas frases que el preso habia dirigido á la primera autoridad de la nacion.

»Antes que amaneciera, el enfermo se habia serenado, pidió perdon al jefe de urbanos, expresó la vergüenza que tenia de haber obrado con tal desacierto, y se fué á su casa, seguro de que el asunto no pasaria adelante. Pero veintiseis horas despues fué llamado por el juez del crimen de la capital. Acudió, se le tomó declaracion, confesó su error, y manifestó su arrepentimiento; entró en un calabozo, y dos dias despues, á las cinco de la tarde, el escribano de gobierno le leia en la prision la sentencia de muerte.

»Aquella misma noche me llamó á su prision, y recordándome el cuidado de su hijo, que reside en el partido de la villa del Pilar con sus abuelos, por si estos le faltasen, pues son muy ancianos, le di palabra de complacerle.

»A las cuatro y media de la mañana del siguiente dia fué mi amigo Cipriano pasado por las armas en el *Campo* llamado *del Hospital*.

»Pedi licencia para pasar á la villa del Pilar á fin de ver á su hijo, á los abuelos, y darles parte del encargo del ficado, la cual me fué concedida muy tarde y despues de infinitas averiguaciones. Partí por tierra; desempeñé mi encargo, y para llegar más pronto á la Asuncion, vine desde el Pilar á Humaitá para embarcarme en este vapor, como lo he verificado. Ya sabe Vd. el objeto de este viaje.»

Al decir estas palabras, ya nos hallábamos muy cercanos al muelle y próximos á desembarcar. Lo que pasó despues fué bastante curioso y extraño, pero lo dejo para referirlo en mi próxima meditacion. No se aflijan ni sobrecojan mis leyentes al notar que tan tristes y lastimeras cosas les relate, que de todo hay en el almacen de este viaje. Puede acaso no esté lejos el momento de trocar con la sonrisa el pesar y la indignacion que habrán producido á muchos las crueldades de estos tiranuelos republicanos.

VÍSPERAS Y MAITINES.

Las representaciones en el gran teatro de los bufos van poco á poco conquistando su perdida animacion. El dia 8 del presente se puso en escena la zarzuela bufó-cancanescas titulada *Los piropos*, cuyos principales papeles estuvieron á cargo de los dos célebres cantantes Prim y Topete. Descorrióse la cortina ante un público numeroso y escogido, y apareció en escena D. Cirilo, y entonó con mucho primor una cavatina sobre el tema de *Venga un rey con barbas*, al cual cantante siguió D. Pascual con el ária de *Tres vecinos de Barcelona piden por rey á Espartero*.

Pero aquí entra ya lo bueno, y por lo tanto es preciso referir la escena con sus pelos y señales, copiando la letra del libreto, para que nuestros leyentes puedan saborear á más y mejor el mérito indisputable de esta peripatética situación. Lo que voy á apuntar no fué canto, sino recitado, y por lo tanto, atended, que recita Prim:—«¿Ven ustedes aquella elegante y simpática figura que se dibuja y se deja estar en aquel escaño? Es la gran pieza Topete, principio de nuestras andanzas, de nuestras aventuras y refocilamientos radicales. ¡Ya no es ministro! ¡Qué dolor! ¿No se os acuerdan señores que dije aquí en este mismo lugar, que si él se iba, yo me las guillaria con él? Pues no valga lo dicho, que aquello fué una ligereza de parte mia, que ya saben vuestras mercedes, que yo soy muy ligero, es á decir, hombre de poco peso, ó lo que es lo mismo, aéreo, brincador, menudito, fácil y vaporoso. Pero sepan vuesarcedes que yo no me quiero ir, porque, señores, ¿qué seria de la patria sin mí? Apunten los gemelos hácia este pedazo de carne que se ha de tragar la tierra, y diganme ¿si estoy en el caso de tomar las de Villadiego, mayormente, cuando tengo gastados más de treinta mil duros en alhajar mi habitacion modestamente en el ministerio de la Guerra, atendiendo á las economias indispensables que imagino introducir en mi departamento?» Aquí el cantante, estira el pescuezo y grita á compás de bombo y platillo:—«¿Me las guillo con Topete, si ó no?»—Coro de comparsas.—«¡¡¡No, no!!!» Y el recitador prosigue muy satisfecho:—«Pues me quedo.» Y volviendo á lo de enantes, diré á sus mercedes, que yo he rogado á Bautista, hasta con lágrimas en mis ojos, que se quede, pero él no ha querido, y si no que lo diga Juanito mi tocayo.» Juanito Bautista se levantó y recitó del modo siguiente:—«Caballeros, mi tocayo ha dicho la verdad.

«Yo me fui á la villa de la Concepcion, y allí me estuve rumiando esta verengena radical, y decidí apartarme de Juan». Sacó un papel del bolsillo y repitió á compas de clarinete y castañuelas las seguidillas gaditanas de *viva España con hora*, y en seguida recitó lo siguiente: «—Yo no quiero ser homogéneo, pero iré á todas las partes donde vaya Juan, que es mi camarada de glorias y mi amistad para con él será imperecedera.» Juanito Guzman entonces se levantó con voz traspuesta ronca y comovida, y enjugándose las lágrimas con un pañuelo exclamó: «—¡Bautista, me has partido por mitad del espinazo! ¡Ay como te quiero, chavó! Has estado espresivo y cachondo; y estoy mas estremecido que la condesa cuando le digo aquello que tú sabes. En fin Bautista, para espresarte la efusion de mi cariño ahí te envío un beso por conducto de Martos, tan amigo tuyo como mio.» D. Nicolás Maria Rivero, á quien ya le iban molestando tantos piropos y floreos, temeroso de que de estos coloquios tan tiernos brotasen cosas mayores, soltó la batuta diciendo con enojo. «—Basta de piropos, caballeros, hasta mañana.» Y se metió en el palco, desde el cual estaba viendo la farsa el ministro de los Estados-Unidos, con el cual estuvo conversando una gran pieza de tiempo, sin duda comentando la representacion y hablando sobre el mérito de los comediantes.

ESTORNUDOS.

Dícese que el general Córdova, actual director de infanteria, cuando algun postulante militar de reemplazo solicita ser colocado y pide su influencia para este fin, ha dado en la gracia

de preguntar al pretendiente:—¿Ha sufrido Vd. persecuciones por ser liberal?—Esta pregunta hizo á cierto militar, el cual le respondió:—Si, señor, he sido perseguido, y sufrido mucho por la libertad.—¿Cuándo? preguntóle el general; y el subalterno respondió:—Cuando Vd. era ministro con el general Narvaez.

La anécdota, aunque corre de boca en boca, puede no ser cierta; pero nadie pone en duda que el general Córdova, hoy radical, fué colega del duque de Valencia en los tiempos más tirantes del moderantismo. De consejo muda el sábio.

—Ayer vieron á D. Pascual Madoz que compraba juguetes en la tienda de un tirolés. Dicen malas lenguas que los acopia para hacer un obsequio al duque de Génova, á fin de grangearse sus simpatías por haber defendido la candidatura Espartero.

—El Sr. Madoz, tan competente en asuntos de Hacienda, se propone presentar á las Cortes un proyecto de ley haciendo considerables rebajas en los derechos de importacion del salchichon de Génova. Los fabricantes de Vich tratan de hacer una exposicion en contra de semejante proyecto.

—Suplicamos á los periódicos de todos los colores, que no llamen al jóven Tomás *el genovés*, que su dictado es titulo y no naturaleza; porque si los italianos toman la revancha, al vizconde del Bruch le van á llamar *el bruchiano*, y esto enojaria mucho al descendiente de los Guzmanes.

—Y ya que de este infante me ocupo, me han dicho que la otra noche, estando en el teatro de la Opera, se coló tan valiente como inocenton en el palco que fué de D.^a Isabel de Borbon, y que el público dijo ¡fuera! Temprano empieza el nene á romper los obstáculos tradicionales. De casta le viene al galgo.

—D. Cristino Martos es ya ministro de Estado. D. Juan Prim le dijo estas palabras:—«¿Se acuerda Vd., compañero, de aquella tiernisima y plañidera despedida que hizo Vd. en el Congreso cuando quiso Vd. ser ministro de Gracia y Justicia? ¿Se acuerda Vd. que le dije que con el tiempo maduran las brevas? Pues mátese Vd. la presente, que ya somos todos homogéneos.

—D. Salustiano Olózaga ha escrito desde Paris.—«¡Por Dios, señores, que no se rompa la conciliacion!» Y Prim ha contestado:—«Ya está rompida, y somos todos radicales y homogéneos.»

ADVERTENCIA.

En vista de los nuevos pedidos de suscripcion que se reciben solicitando desde el primer número, se ha dispuesto nueva tirada de algunos de los ya publicados, con lo cual se servirá la coleccion completa, con su correspondiente lámina, á los que así lo soliciten.

Los señores suscritores que por falta involuntaria de esta Administracion, ó por extravío en correos (lo que por desgracia es bastante frecuente) hayan dejado de recibir alguna Meditacion, pueden reclamarla, y se les remitirá.

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

En Madrid.—4 reales un mes, 10 tres; 18 seis y 32 un año.
 En provincias.—12 reales, 3 meses; 22 seis; 40 un año, haciendo el pago directo; y 14, 26 y 46 respectivamente, suscribiéndose por medio de corresponsales.
 En Ultramar y extranjero.—20 rs trimestre, 38 semestre y 72 un año.
 Número suelto—medio real. Lámina un real.
 Puntos de suscripcion en provincias.—En las librerías principales y comisiones de empresas periodísticas.
 Puntos de suscripcion en Madrid.—En todas las principales librerías y en la Administracion situada en la travesía de la Mata, 7 y 9, principal izquierda, á donde se dirigirá toda la correspondencia y pedidos de suscripcion y á nombre de D. Antonio Bocío, administrador del mismo.
 No se servirá suscripcion alguna sin que se acompañe, al pedido su importe, en sellos, libranzas del giro mútuo ó letras de fácil cobro.

MADRID: ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. VICENTE, CALLE DEL CLAVEL, NÚM. 4.